

## AVANCE EDITORIAL

# El lector de esquelas

Salud Extremadura reproduce la obra de Franciso Javier Ávila Llano, que ha sido galardonada con el primer premio en el I Certamen de Narraciones Cortas convocado por el Servicio Extremeño de Salud

Ninguno de los inquilinos del bloque pudo precisar desde cuándo emanaba de la entreplanta aquel rumor de palabras. Todas las preguntas que formuló la subinspectora Moreno a los vecinos obtuvieron la misma respuesta: nadie recordaba el momento concreto en el que los nombres empezaron a oírse; como una jaculatoria lejana apenas perceptible al principio, que fue creciendo y acercándose hasta inundarlo todo; mutándose en hiedra de sílabas que trepó por la escalera tiñendo el espacio de nombres y apellidos hasta convertir el aire en un tupido bosque de voces.

Ya no recuerdo cómo empezó. Cuándo fue la primera vez. Escarbo en la memoria y apenas puedo desprender de la mancha negra retazos aislados de mi pasado más reciente. Acaso ocurrió cuando lo de aquel suicida de Cadalso que descansó en la paz del Señor habiendo recibido los santos sacramentos y la bendición de Su Santidad mientras se balanceaba colgado del cuello en el doblado de su casa, - así lo encontraron los vecinos y los hijos y decidieron descolgarlo para evitar deshonores y meterlo en la cama bien arropado, hasta la barbilla misma, para llamar al médico después y convencerle de que la muerte le sorprendió mientras dormía placidamente y que lo de la lengua debió ser un tropismo u otra cosa inexplicable, rogando la familia una oración por su alma cuando el hombre péndulo se detuvo.

Acaso aquella fuese la primera que se me fijó entre los ojos, como una mano que se agita frente a la mirada de un ciego provocando en el aire el esbozo de una sombra que el invidente percibe desde la negrura absoluta.

La subinspectora cumplimentó el cuestionario con la desgana propia de quien se sabe relegado a investigaciones sin interés policial; una llamada alertando del mal olor, la constatación de una ausencia prolongada y la comprobación de una muerte más en la soledad de un piso anónimo del extrarradio, conferían un carácter demasiado anodino al caso como para considerarlo rele-



vante.

La inspección ocular previa descartó cualquier causa violenta como razón del fallecimiento y la naturalidad se instaló en los formularios y en las conciencias de los funcionarios actuantes.

El cadáver estaba sentado frente a un periódico fechado tres semanas atrás, junto a un magnetófono cuyo micrófono aun permanecía asido entre los dedos descompuestos del varón de entre cincuenta y sesenta años al que la naturaleza parecía haber ejecutado mientras las ausencias se le arremolinaban alrededor de los pies, envueltas en el caos de las decenas de cintas magnetofónicas que se desperdigaban por todo el suelo.

Podría afirmar que la esquila de aquel suicida fue la que me zarrandeó desde el letargo en el que se me había sumido la conciencia; la leí una y otra vez: en voz baja, en voz alta, sin voz; buscando comprender la razón, de la mentira primero y de la muerte después. Me perdí en la búsqueda y un poco también en el sentido, como si el comienzo hubiese provocado algún punto de inflexión en el orden racional de las cosas a partir del cual, cuanto más buscaba en una dirección más me alejaba de la contraria, que fue de donde partí y desde donde comencé a perderme hasta el extremo de terminar interrogando al mismísimo ahorcado, de acabar inquiriéndole por los motivos de su huida; por sus miserias; por sus miedos; por sus frustraciones y por sus sueños; por su vida. Y desde el silencio del muerto se fue conformando un espacio tridimensional en mi tiempo; el negro sobre blanco del plano hori-

zontal se convirtió en púlpito de un recuerdo mucho más denso que una reseña hueca. El ahorcado había existido; con una vida concreta que trascendía de forma extraordinaria la simple inscripción en la que lo único cierto era el nombre del muerto. Lo leí, leí su nombre de protagonista de una vida específica, nombré su identidad entera y excepcional; pronuncié con grave solemnidad la forma en que lo conocieron aquellos cuyas vidas transcurrieron tangencialmente a la suya. Lo leí como homenaje. Y decidí seguir leyéndole -nombrándole- cada día para que la hojarasca del olvido no devastase su existencia traicionada en el instante último.

La habitación donde se encontró el cadáver estaba literalmente empapelada con miles de recortes de periódicos; hasta las contraventanas habían sido invadidas por el color sepia del papel envejecido; a la subinspectora Moreno le sobrecogió comprobar que los recortes adheridos a la pared eran esquelas; cada una distinta a las otras; cada una con su propio muerto, individual y único.

La inspección del resto de las habitaciones aumentó su angustia: de la más amplia surgía el rumor, allí no eran esquelas sino magnetófonos los que ocupaban la totalidad de las paredes, cuidadosamente colocados unos sobre otros desde el suelo hasta el techo. Todos conectados; cada uno de ellos reproduciendo su propia grabación; todos pronunciando simultáneamente los nombres. En las otras se amontonaban los periódicos de los que parecían haberse recortado las esquelas; tan

sólo la que el muerto había utilizado como dormitorio -una pequeña estancia de apenas ocho metros cuadrados- permanecía ajena a la invasión del papel o los magnetófonos; allí el espacio era del mar: decenas de carteles y fotografías marinas llenaban las cuatro paredes.

Insisto en no poder precisar si la primera fue la del suicida; la que no recuerdo de ninguna manera es la que ocupó el segundo lugar. Aquella que inició la cadena que acabó esclavizándome los sentidos: el segundo eslabón a partir del cual mi tiempo dejó de pertenecerme y pasó a convertirse en el tiempo de los muertos.

Soy incapaz de recordarme buscándolas ávidamente en los diarios, concentrándome más cada día en su búsqueda, añadiendo nuevos eslabones al camino sin retorno en que se estaba convirtiendo mi vida.

No resultó difícil identificar al cadáver. En su cartera, además del D.N.I. se encontraron un par de fotografías, un carné de donante de órganos y un papel amarillento doblado simétricamente. Ninguna tarjeta de crédito y apenas ciento treinta euros. En una de las fotografías el muerto estaba junto a una mujer y tres niños; en la otra, los tres niños - con algunos años más- felicitaban al muerto con motivo del día del padre.

La subinspectora sostuvo el papel doblado sin atreverse a desplegarlo, intentando reconocer al cadáver en aquel hombre aparentemente feliz que sonreía a la cámara del brazo de una mujer algo más joven que él y junto a tres niños en algún lugar de espaldas al mar.

Lo transcurrido desde ese tiempo se me extravía entre los sueños. De qué ocurrió y cuándo apenas puedo esbozar alguna imagen aislada; de cómo, la encia desdentada de mi memoria sólo me trae náuseas. Lo perdí todo, eso sí puedo afirmarlo con la certeza de lo obvio: el amor -si lo tuve-, el matrimonio -si no lo inventé- y los hijos -si fueron míos; perdí el trabajo, la salud e incluso la razón; y en mi afán por mantener vivos en el viento a los muertos, yo mismo me fui perdiendo.

La familia del muerto despejó las dudas de la subinspectora: al lector de nombres le estalló una burbuja en el cerebro cuando su padre se ahorcó, harto de soledad, en la casa del pueblo. La razón se le fue diluyendo entre las esquelas que encontraba publicadas, encomendando su tiempo a pronunciarlas como única



El premiado Francisco J. Ávila

**“Detrás de esta narración hay un escritor” comentó el jurado**

■ Francisco J. Ávila Llano es natural de Montijo, donde reside. Actualmente viene desarrollando las funciones de jefe de gabinete en la Consejería de Sanidad y Consumo. Gran lector y aficionado de siempre a la escritura, aunque afirma que el pudor le ha impedido proyectar esta afición.

En relación al texto premiado, si lo primero que llama la atención y la prende irremediablemente en este magnífico relato, es la carga poética del primer párrafo, luego el gusto y el asombro crece por lo original del argumento y el valiente planteamiento en tres niveles de narración: el del suicida, el suicidado, y la subinspectora. Que lo disfrutéis.

forma de preservar a sus protagonistas del olvido; hasta terminar abandonándolo todo y dedicándose en cuerpo y alma a su extravío.

Su esquila apareció publicada un par de días después. La subinspectora la encontró sin buscarla, con el papel amarillento de la cartera del muerto desplegado en su memoria.

Leyó su nombre y el primer eslabón le unció el alma a la mano que se agita frente a los ojos de un ciego.